

Fernando Serrano Migallón, *El exilio español y su vida cotidiana en México*, prólogo de José Woldenberg, México, Bonilla Artigas, 2021 (Serie *Pública histórica*, núm. 20), 158 págs.

El profesor Fernando Serrano Migallón apenas necesita presentación. Es autor de innumerables volúmenes de referencia y de interés general en los campos del Derecho, de la Ciencia Política y de la Historia, especialidades todas en las que ha dado sobradas muestras de talento y erudición así como de sus enormes dotes narrativas, pedagógicas y analíticas, tanto en la cátedra como en la investigación. En el medio académico sus publicaciones siempre son esperadas con interés.

Mucho nos complace presentar aquí su más reciente producción, fruto del esfuerzo ingente por concentrar y organizar un archivo del exilio español en México, a través de la recopilación de los acervos de varias familias de esa procedencia. La obra en cuestión está muy lejos de ser un libro más que se añade a un corpus creciente de estudios relativos al tema. Serrano Migallón se distancia por completo de la épica, el panegírico o la hagiografía para emprender una microhistoria del exilio español en suelo azteca. En otras palabras, él hace a un lado el “gran relato” de la élite intelectual y científica —cuyo aporte ha sido laudado en tantas otras obras— para entregarse de lleno a las historias cotidianas en el país de acogida de las familias e individuos del exilio de a pie, hombres, mujeres, ancianos y niños que llegaron, permanecieron en el anonimato y fueron olvidados. En tal sentido se trata de una propuesta original y novedosa, toda vez que rescata a esos cientos de españoles ignorados que no eran intelectuales, ni artistas, ni científicos y que por la derrota de la República en la infausta Guerra Civil se vieron obligados a emprender una nueva vida.

El libro se divide en tres grandes apartados. En el primero de ellos el autor da cuenta de la salida masiva de españoles —estimada entre medio millón y seiscientos mil personas—, tras la derrota de la República en abril de 1939; el maltrato que sufrieron en Francia; la esperanza de hallar refugio en América Latina y en especial en México, país que había sido amigo y aliado de la República. Menciona también que en un primer momento se pensó que el exilio sería temporal, pues se tenía fe en que una vez que los Aliados derrotaran al Eje, completarían la faena, poniendo fin a la dictadura franquista. Cuando dicha expectativa quedó defraudada al dar nueva vida la Guerra Fría al régimen espurio español en el marco de la lucha de Occidente contra el comunismo, los exiliados debieron arraigarse en su nueva patria.

En el segundo apartado se pasa revista al acercamiento y la amistad que entablaron el México posrevolucionario y la España republicana a partir de sus afinidades ideológicas y sus comunes metas de redención social; al apoyo material, moral y diplomático que el gobierno de Lázaro Cárdenas prestó a la República durante la Guerra Civil y a la compleja actuación diplomática y consular emprendida por el Estado mexicano para brindar asilo a los españoles que huían de la feroz dictadura franquista.

El análisis minucioso y detallado que hace el autor sobre la tarea titánica que implicó el transporte, la instalación e integración exitosa de un contingente numeroso, calculado entre 18 000 y 20 000 jefes de familia constituye una aportación originalísima del libro a nuestro conocimiento sobre la materia. Aportación que por sí sola habría valido su publicación, pues ha sido un tema sobre el que hasta ahora habían pasado de largo los estudios relativos a la cuestión. Serrano Migallón en cambio, nos hace ver que no fue una hazaña menor. Todo lo contrario: se trató de una operación complejísima y de gran envergadura que el autor nos relata a cabalidad.

En el último apartado, Serrano Migallón se ocupa prolijamente del exilio español y de su vida cotidiana. Desde las peripecias del viaje que los condujo en sucesivas expediciones desde Francia hasta su arribo a costas mexicanas, del cálido recibimiento que les fue dispensado, pero también de las sorpresas y retruécanos que el encuentro de culturas provocó.

Parafraseando la cita atribuida a George Bernard Shaw, relativa a Estados Unidos y Gran Bretaña pero perfectamente aplicable para el caso que nos ocupa, México y España son dos grandes naciones divididas por una misma lengua. Serrano Migallón nos refiere con gracia y travesura los equívocos producidos al arribo de los primeros exiliados al puerto de Veracruz, donde fueron recibidos por el sindicato de tortilleras; el término remite a trabajadoras dedicadas a la manufactura de la tortilla de maíz, base de la alimentación del pueblo mexicano, pero en España es un vulgarismo para designar de manera despectiva a las lesbianas, lo que provocó el asombro primero y luego la hilaridad de los recién llegados.

Con gran desenvoltura y oficio Serrano Migallón da cuenta de los barrios en los que vivieron los exiliados, los oficios que desempeñaron, las dificultades que enfrentaron para integrarse —especialmente aquellos cuyas profesiones como la abogacía o la milicia les impedían el acceso a los gremios locales—, los cafés que frecuentaron, sus profundas diferencias ideológicas, las escuelas y los clubes sociales y deportivos que fundaron, el papel que desempeñaron las mujeres en la adaptación al nuevo entorno, cómo se las arreglaron para sobrevivir y salir adelante en un país que, aunque semejante, era muy distinto de la España que habían dejado.

Completa el volumen un anexo fotográfico que nos presenta estampas diversas de esa vida cotidiana desde la llegada del barco *Sinaia* a Veracruz, los típicos retratos de viandantes tomados por los fotógrafos de la avenida San Juan de Letrán, las comidas y tertulias comunitarias, de grupos escolares de los colegios del exilio, de manifestaciones políticas contra Francisco Franco y de homenajes ofrecidos por los exiliados a la República y a los generales Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho, máximos promotores de su recepción. Por conmovedoras y emotivas sobresalen dos imágenes: la primera de los hermanos mayores del autor —único miembro de su familia nacido en México— recién desterrados en Francia; la segunda es una foto grupal de la boda de dos jóvenes exiliados en 1945.

Sólo resta decir que el libro está escrito con una prosa deleitable y amena, lo que hace que su lectura sea agradable y ágil y que provoque, habida cuenta de su brevedad, que el lector se quede ávido y con ganas de conocer mucho más sobre la cuestión. En ese sentido, es de esperar que el autor nos brinde pronto una continuación y secuela de su muy importante trabajo.

*Mario Ojeda Revah*